

Tejiendo experiencias desde la caficultura tradicional en Cajibío, Cauca: Autorrelato sobre
saberes, conflictos y resistencia

Benny Arady Campo Pechene

Tutor

Luis Einer Castaño Rengifo

Universidad del Valle
Facultad de Educación y Pedagogía
Licenciatura en Educación Popular
Santiago de Cali, 2026

Resumen

Este trabajo de grado, desarrollado desde una metodología cualitativa en la que se incorporan elementos de la sistematización de experiencias, explora mi proceso de trabajo en relación con las prácticas culturales asociadas al cultivo del café en la vereda La Laguna, municipio de Cajibío, Cauca. A partir de la reconstrucción de mi experiencia, en un autorrelato, abordo el cultivo del café como un proceso de herencia intergeneracional que configura la identidad campesina desde la infancia y favorece el diálogo entre los saberes tradicionales y la formación técnica y universitaria, impulsando iniciativas de emprendimiento. Asimismo, el trabajo de grado identifica la caficultura como un espacio de resistencia y autonomía frente a tensiones estructurales como la volatilidad de los precios de compra y venta del producto, el conflicto armado y la presencia de cultivos ilícitos.

Palabras claves: Caficultura, Sistematización de experiencias, autorrelato, educación popular, territorio y sostenibilidad.

Introducción

La caficultura en el Cauca ha construido diversos significados y sentidos que no se limitan a la producción agrícola. Sus condiciones climáticas, la diversidad de pisos térmicos y la topografía marcada por las cordilleras han favorecido el cultivo del café y han convertido al departamento en uno de los principales productores del país. Además, el Cauca se destaca por ser el departamento con mayor número de familias cafeteras, con más de 93.000 familias vinculadas a esta actividad y cerca de 94.500 hectáreas sembradas con café arábico (Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, s. f.).

Más allá de estas cifras, la caficultura constituye una forma de vida en la que convergen saberes heredados entre generaciones, prácticas de trabajo familiar y comunitario, y maneras de relacionarse con la tierra. Estos factores considero que han contribuido a la construcción de identidades y formas de comprender la vida rural.

En el contexto se ubica la vereda La Laguna, corregimiento de Dinde, municipio de Cajibío, Cauca. Allí, mi familia ha construido su relación con la caficultura a través de prácticas y saberes transmitidos entre generaciones, experiencias que han influido en nuestra identidad y en nuestra forma de habitar el territorio.

A partir de la experiencia, el propósito de este trabajo es comprender los sentidos y significados de la cotidianidad dentro de una unidad productiva familiar. Para ello, el trabajo de grado retoma algunos elementos metodológicos de la Sistematización de Experiencias desarrollada por el Grupo de Investigación en Educación Popular de la Universidad del Valle y utiliza el autorrelato como herramienta para reconstruir e interpretar la experiencia vivida.

En resumen, el trabajo tiene como objetivo comprender la experiencia de una estudiante de Educación Popular vinculada a la caficultura, y aportar a la visibilización de los saberes y prácticas cotidianas que sostienen la vida rural cotidiana en el Cauca.

Contexto

Este apartado presenta el contexto geográfico, demográfico y sociocultural del municipio de Cajibío, departamento del Cauca, lugar donde se ubica la vereda La Laguna, Dinde. Este territorio está atravesado por las cordilleras Central y Occidental de los Andes colombianos, una condición geográfica que le otorga una gran diversidad de paisajes, pisos térmicos y dinámicas productivas.

Asimismo, la Agencia Nacional de Tierras (2023) señala que el municipio cuenta con una caracterización territorial basada en su estructura rural y la aptitud agropecuaria de sus tierras, elementos clave para comprender las condiciones de vida de sus habitantes. En este marco, Cajibío conocido como el “Rincón Musical de Colombia” dinamiza su economía principalmente a través del cultivo de café y caña panelera. Según el Plan de Desarrollo Municipal, el territorio registra 7.050 hectáreas sembradas de café y 2.530 de caña panelera, además de cultivos complementarios como cacao, plátano y yuca (Alcaldía Municipal de Cajibío, 2020). Estas actividades no solo sostienen la economía familiar campesina, sino que también articulan formas de organización social, trabajo comunitario y permanencia en el territorio.

De igual modo, Cajibío se encuentra catalogado dentro de las Zonas Más Afectadas por el Conflicto Armado (ZOMAC), una condición territorial que influye de manera directa en sus dinámicas de desarrollo social y ordenamiento productivo (Agencia Nacional de Tierras [ANT], 2023)

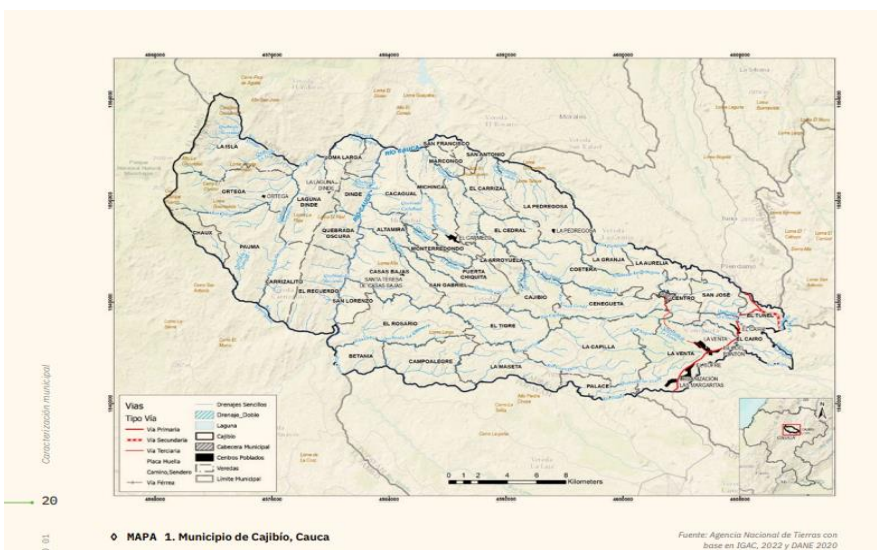
En materia demográfica, la Alcaldía Municipal de Cajibío (2020) señala que el municipio contaba con 42.833 habitantes en 2020 y proyectaba una población de 43.873 habitantes para 2023. De este total, el 51,12 % correspondía a hombres y el 48,88 % a mujeres. Asimismo, el Plan de Desarrollo Municipal indica que 40.863 personas residían en el sector rural y 1.970 en el área urbana, lo que evidencia el carácter predominantemente rural del municipio. En cuanto a la composición étnica, la población estaba conformada por 1.551 personas indígenas, 6.571 afrodescendientes y 34.712 campesinas, además de la presencia de dos resguardos indígenas en el territorio.

Cultura

Cajibío se caracteriza por su riqueza histórica, cultural y agrícola. Es reconocido como el "Rincón Musical de Colombia", distinción otorgada por la trayectoria de destacados músicos y compositores del folclor, entre ellos Efraín Orozco Morales y Leonardo Pazos, quienes han contribuido al reconocimiento cultural del municipio a nivel regional y nacional (El Liberal, s. f.). Asimismo, su economía se sustenta principalmente en la producción agropecuaria, que hacen parte de la vida cotidiana de las comunidades rurales.

La identidad cultural del municipio también se manifiesta en sus festividades y tradiciones religiosas. Entre las principales celebraciones se encuentran las Ferias de Cajibío, las Ferias del Rosario y las procesiones de Semana Santa, una práctica transmitida de generación en generación. De igual manera, la Semana Santa Chiquita y la Novena de Aguinaldos constituyen expresiones culturales y religiosas que fortalecen la memoria colectiva, la participación comunitaria y el sentido de pertenencia de sus habitantes (El Liberal, s. f.).

¹ Mapa de Cajibío, Cauca



Por otra parte, debido a la escasa información documental sobre la vereda La Laguna, la caracterización que se presenta a continuación se fundamenta principalmente en la observación realizada durante el desarrollo de este trabajo.

¹Figura 1. Mapa del municipio de Cajibío, Cauca. Fuente: Agencia Nacional de Tierras (2022).

Este trabajo de grado toma como punto de partida la finca El Mandarino, ubicada en la vereda La Laguna, corregimiento de Dinde, municipio de Cajibío, Cauca. Esta finca de carácter familiar es el escenario principal del estudio, ya que en ella se abordan las prácticas y los saberes relacionados con la caficultura familiar. En este contexto, el cultivo del café no solo representa una actividad productiva, sino también un espacio de aprendizaje y construcción cultural, donde se transmiten conocimientos, valores, prácticas y formas tradicionales de relacionarse con el territorio.

Breve estado de la cuestión

En este apartado se presenta la revisión bibliográfica realizada para el trabajo de grado. Para ello, se consultaron veinte documentos provenientes de bases de datos y repositorios académicos de la Universidad del Valle, la Universidad Pedagógica Nacional, JSTOR, Google Académico y Research Rabbit. La búsqueda se orientó a partir de conceptos como prácticas agrícolas, procesos organizativos campesinos, educación popular y procesos educativos vinculados a la agricultura y el cultivo de café.

De los documentos revisados, seleccioné cinco por su cercanía con mi trabajo, los cuales organicé en dos ejes principales. El primero reúne las investigaciones sobre los procesos organizativos alrededor de la huerta, la memoria, el café como sujeto vivo y nuestros saberes con la tierra. El segundo aborda las luchas campesinas, la educación del campo y la movilización comunitaria. Estos antecedentes me dan elementos clave para entender cómo se juntan la caficultura, la educación popular, el territorio y la organización familiar que guían este trabajo.

Procesos organizativos alrededor de la huerta

Las investigaciones agrupadas en este eje muestran que la huerta y la tierra no son únicamente espacios de producción, sino también escenarios donde se construyen aprendizajes, relaciones comunitarias y formas de organización.

En esta línea, Andrade Vásquez (2023) analiza la huerta escolar como un espacio donde dialogan el conocimiento científico y los saberes populares. Aunque su estudio se desarrolla en el ámbito educativo formal, aporta una idea relevante para este trabajo de grado: los

conocimientos contruidos desde la experiencia cotidiana de las comunidades son fundamentales para comprender las dinámicas organizativas de las familias rurales.

Por su parte, Berrocal-Montero et al. (2021) estudian las prácticas agrícolas a través de una experiencia de extensión universitaria relacionada con el uso de agroquímicos. A partir de la Investigación-Acción Participativa (IAP), los autores destacan la importancia de comprender los contextos concretos, donde viven los agricultores y reconocen que la participación comunitaria es clave para fortalecer los saberes locales y las organizaciones campesinas.

Ahora bien, los planteamientos de Andrade Vásquez (2023) y Berrocal-Montero et al. (2021) encuentran un punto de encuentro en la investigación de Buelvas Uribe, Pulido Montealegre y Sánchez Gómez (2019). Mientras los primeros destacan la importancia de los saberes contruidos desde la experiencia y la participación comunitaria en las prácticas agrícolas, estos autores profundizan en el papel de la memoria biocultural en los procesos organizativos. A partir de historias de vida desarrolladas en las veredas bajas de Usme, muestran cómo la oralidad, los relatos cotidianos y las experiencias compartidas permiten reconstruir la relación entre las comunidades y la naturaleza. De esta manera, su trabajo aporta a la comprensión de que las formas de organización comunitaria no solo se sustentan en actividades productivas, sino también en las memorias, los saberes y las experiencias contruidas colectivamente en el territorio (Torres Carrillo, 2013).

En este mismo horizonte se ubica la propuesta de Mavisoy (2021) sobre la biolugargogía, entendida como una perspectiva que reconoce el territorio como un espacio de formación y aprendizaje. Para el autor, esta noción “se refiere al lugar como escenario educativo, la naturaleza (bio) como maestra y humanos y no humanos como aprendices y testimonios de vida” (Mavisoy, 2021, pp. 503–504). Desde esta mirada, los procesos educativos no se reducen a la escuela, sino que se construyen en la relación cotidiana con el territorio; como afirma el autor, “el territorio es una escuela y la escuela un territorio” (Mavisoy, 2021, p. 507).

Esta perspectiva recupera saberes ancestrales presentes en el Cauca y cuestiona las visiones tecnificadas que históricamente han orientado la educación rural. Asimismo, ofrece

elementos para comprender la caficultura como una práctica donde se tejen aprendizajes, relaciones de cuidado y formas de construcción cultural vinculadas al territorio.

Movimientos comunitarios, educación en el campo, procesos organizativos de campesinos

En relación con la educación y la organización en el campo latinoamericano, Pereira (2022) analiza las prácticas que orientan la Educación del Campo en Brasil y Nicaragua desde la educación popular. El autor plantea que este proceso va más allá de la escuela, señalando que «podemos considerar que la fecundidad de la Educación del Campo, más que una concepción teórica, se traduce en formas de ser, vivir y proyectar la vida colectiva en sociedad» (p. 18). Esta perspectiva permite entender la educación rural como algo ligado a la vida cotidiana, a los saberes de la comunidad y a la construcción del territorio.

Por otra parte, Cruz Rodríguez (2016) analiza el origen y desarrollo del Paro Nacional Agrario de 2013 en Colombia, basándose en la agenda clásica de los movimientos sociales (McCarthy & Zald, 1999; Tarrow, 1997; Tarrow & Tilly, 2005, como se citaron en Cruz, 2016). El autor concluye que este paro no fue una movilización espontánea, sino el resultado de procesos organizativos contruidos históricamente. Este antecedente ayuda a reconocer el valor de las organizaciones campesinas como espacios de participación, reflexión y acción colectiva frente a los problemas que afectan al campo.

En conjunto, estas investigaciones resaltan la importancia de educarse, organizarse y participar para construir la vida campesina. Asimismo, muestran que los saberes comunitarios y las formas de unirse son fundamentales para que los territorios rurales se mantengan fuertes para resistir.

Algunos hallazgos de partida desde la revisión de literatura

La revisión de los antecedentes permite reconocer importantes aportes en torno a los procesos organizativos campesinos, la memoria territorial, la educación del campo y las prácticas agrícolas como espacios de construcción de saberes y participación comunitaria. Sin

embargo, también evidencia una limitada atención a las formas de organización que se construyen en el ámbito familiar y cotidiano de la ruralidad.

La mayoría de las investigaciones revisadas centran su atención en organizaciones comunitarias, movimientos sociales o procesos colectivos de mayor escala. En contraste, son escasos los estudios que exploran cómo se configuran los procesos organizativos en la vida diaria de las familias campesinas, particularmente en torno a las prácticas agrícolas que sostienen su permanencia en el territorio.

En este sentido, el cultivo del café no solo constituye una actividad productiva, sino también un espacio donde se distribuyen responsabilidades, se transmiten saberes entre generaciones y se construyen acuerdos que orientan la vida familiar y comunitaria. Estas dinámicas, aunque fundamentales para la reproducción de la vida rural, han recibido menor atención en la literatura consultada.

Referentes conceptuales

En este trabajo de grado es fundamental comprender cómo los caficultores se articulan a procesos organizativos que fortalecen la construcción colectiva en la comunidad. En este sentido, se busca comprender a la comunidad campesina de la vereda La Laguna desde sus experiencias, su ser y su hacer en la cotidianidad, así como la manera en que las prácticas asociadas al cultivo de café contribuyen a la organización de la comunidad caficultora, desde de una experiencia familiar.

Para ello, se realizará un recorrido teórico que aborda, en primer lugar, la relación entre la Educación Popular y el cultivo de café; en segundo lugar, las prácticas educativas y culturales vinculadas a la caficultura; y, finalmente, la cooperación como eje de la organización comunitaria.

Educación Popular

El cultivo de café en Colombia, con más de 300 años de historia desde su introducción por los jesuitas en el siglo XVIII, es un pilar económico y cultural, especialmente en el departamento del Cauca, que se destaca como el cuarto productor nacional con 44.500

hectáreas cultivadas en municipios como Cajibío (Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, 2024). Este análisis busca explorar algunas prácticas educativas del cultivo de café a través de la experiencia de una estudiante, aplicando los principios de la educación popular de Paulo Freire. Según Freire (1996), la educación no consiste en transferir conocimiento, sino en crear condiciones para que los individuos construyan su propio saber mediante un proceso dialógico y crítico.

Paulo Freire (1996) plantea que la educación popular se fundamenta en el diálogo, la problematización y la liberación. En el contexto del cultivo de café, yo, como estudiante, no solo aprendí técnicas agrícolas, como la siembra o la recolección, sino que también participé en un intercambio comunicativo con caficultores y técnicos. Este diálogo horizontal enriqueció mi aprendizaje al integrar la sabiduría tradicional con nuevas perspectivas, fomentando un proceso de construcción colectiva del conocimiento. Además, la problematización me permitió analizar críticamente desafíos como el cambio climático o las desigualdades en la cadena de producción, promoviendo soluciones que beneficien a la comunidad.

Prácticas educativas y culturales en relación con el café

El cultivo de café está rodeado de múltiples creencias y prácticas estrechamente vinculadas al origen y a la historia de las comunidades que lo desarrollan. Estas formas de comprender y vivir la caficultura no solo reflejan la identidad cultural de los caficultores, sino que también influyen en la manera en que se aprende, se comparte y se transmite el conocimiento sobre el cultivo. En este sentido, Marvin Harris (2018) define la cultura como “el conjunto aprendido de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los miembros de una sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar” (p. 4). Esta perspectiva permite comprender cómo las prácticas cafeteras se construyen a partir de saberes colectivos que pasan de generación en generación, fortaleciendo no solo las técnicas de cultivo, sino también los valores, las memorias y las formas de relacionarse con el territorio.

Por otro lado, las prácticas pedagógicas vinculadas al cultivo del café han sido diseñadas bajo enfoques de educación rural que buscan fortalecer el arraigo y el relevo generacional en el

campo. En este contexto, la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia (1996) implementó el programa Escuela y Café, una iniciativa que comenzó en el departamento de Caldas y posteriormente se extendió a otras regiones del país para integrar la formación técnica y empresarial en el currículo escolar.

La cooperación como eje de la organización comunitaria

En la caficultura del Cauca, la producción de café no depende únicamente del trabajo individual. Las familias y comunidades suelen apoyarse mutuamente, especialmente durante la cosecha, cuando las labores requieren mayor mano de obra. Asimismo, las dificultades asociadas al clima, las condiciones del mercado y otras dinámicas del contexto hacen que la cooperación sea una estrategia para sostener la producción del cultivo.

Estas prácticas de cooperación pueden entenderse como procesos de organización comunitaria. Al respecto, Torres Carrillo (2013) define las organizaciones comunitarias como “espacios de participación, organización y acción colectiva” que emergen de iniciativas locales para abordar problemas específicos (p. 45). En la caficultura, estas formas organizativas se reflejan en el trabajo familiar y colectivo, así como en asociaciones y cooperativas que permiten a los productores afrontar de manera conjunta desafíos como la volatilidad de los precios, el acceso a asistencia técnica y las desigualdades presentes en la cadena de valor del café .

Por otra parte, los aportes de Kliksberg (1999) permiten comprender la cooperación como la capacidad de construir redes, formas de organización y sinergias para afrontar necesidades comunes. Esta perspectiva resulta pertinente para la caficultura, donde gran parte de las labores del cultivo requieren del apoyo entre familias y productores.

Al respecto, Kliksberg (1999) señala que: “la existencia de altos niveles de asociatividad en una sociedad indica que ésta tiene capacidades para actuar en forma cooperativa, armando redes, concertaciones y sinergias de todo orden” (p. 87). En ese sentido, esta asociatividad se refleja en el trabajo familiar y colectivo, así como en asociaciones y cooperativas que

permiten compartir conocimientos, recursos y esfuerzos para afrontar de manera conjunta diferentes desafíos.

Ahora bien, desde esta perspectiva, la cooperación y la organización comunitaria no solo contribuyen al sostenimiento de la actividad cafetera, sino que también fortalecen la capacidad de las comunidades para construir respuestas colectivas frente a los desafíos de su territorio.

Sistematización de experiencias

La comprensión de la sistematización de experiencias en este trabajo se sustenta en diversos aportes teóricos que la entienden como una perspectiva orientada a la reflexión crítica de las prácticas sociales y a la construcción de conocimiento desde la experiencia.

De esta manera, Jara (2011) plantea que la sistematización consiste en una interpretación crítica de una o varias experiencias que, mediante su reconstrucción y ordenamiento, permite comprender la lógica de los procesos vividos, identificar los factores que intervinieron y analizar las relaciones establecidas entre ellos. Para este autor, dicho proceso genera aprendizajes y conocimientos significativos que favorecen la comprensión teórica de las experiencias y su proyección hacia acciones transformadoras futuras.

Por otra parte, Barragán y Torres (2017) destacan que esta metodología contribuye al fortalecimiento de la acción colectiva, amplía los marcos de interpretación de los sujetos y favorece la consolidación de identidades y vínculos solidarios. Desde mi perspectiva, este planteamiento resalta la importancia de reconocer las subjetividades y experiencias individuales dentro de los procesos colectivos; permite comprender las distintas maneras en que los participantes significan su experiencia, identifican aprendizajes comunes, reconocen diferencias y vislumbran posibilidades de transformación.

Finalmente, Acevedo et al. (2016), integrantes del Grupo de Investigación en Educación Popular de la Universidad del Valle, entienden la sistematización de experiencias significativas como una propuesta de carácter participativo e interpretativo que sitúa a los actores como protagonistas del proceso investigativo. Desde esta mirada, el conocimiento se construye a partir de las voces, saberes y experiencias de quienes participan en la práctica,

generando comprensiones contextualizadas y con potencial de incidencia en las realidades sociales donde se desarrollan.

Pregunta del trabajo de grado: ¿De qué manera la reconstrucción de mi experiencia en torno al cultivo, la comercialización y algunas apuestas de educación popular vinculadas a iniciativas cafeteras desarrolladas entre 2022 y 2025, contribuyen a comprender algunas de las prácticas de la caficultura tradicional en el municipio de Cajibío, Cauca?

Objetivo general: Analizar algunas prácticas de la caficultura tradicional en el municipio de Cajibío, Cauca, a partir de la reconstrucción de mi experiencia en los procesos de cultivo, cosecha, comercialización y educación popular desarrollados entre 2022 y 2025 en distintas iniciativas cafeteras.

Objetivos específicos

1. Reconstruir mi experiencia en relación a las prácticas de cultivo de café tradicional en el municipio de Cajibío, departamento del Cauca, a través de un autorrelato.
2. Reflexionar sobre algunos aprendizajes en relación a las prácticas de cultivo de café tradicional en el municipio de Cajibío, departamento del Cauca.
3. Proponer estrategias de potenciación de la experiencia que he desarrollado desde el cultivo de café tradicional en el municipio de Cajibío, Cauca, con el fin de mejorar las prácticas desarrolladas en las comunidades que acompaño.

Justificación

La relevancia de este trabajo de grado surge de la necesidad de comprender mi realidad a partir de mi propia experiencia. No pretendo realizar una medición estadística o técnica del café, sino interpretar mi trayectoria como un proceso de interacción constante, en el que la caficultura y mi familia han configurado mi aprendizaje sobre el cultivo y su cadena

productiva. En este sentido, reconozco la finca familiar como el espacio donde emergen y se reproducen prácticas, saberes y significados que dan forma a una cultura y tradición caficultora que, a su vez, ha moldeado mi manera de habitar y entender este contexto.

Como bien lo señalan Lola Cendales y Alfonso Torres, los procesos de construcción de conocimiento y en este caso mi autorrelato, no son una evaluación para medir impactos o planes. Su intención es “recuperar los saberes y significados de la experiencia para potenciarla” (Cendales y Torres, 2006, p. 11). Por eso, aunque mi trabajo no es una sistematización de experiencias en el sentido tradicional, bebe de sus puntos fundamentales para identificar qué es lo que sucede en la configuración de mi propia vida y mi relación con el cultivo.

De la misma manera, creo que es importante porque me permite reconocer “nuevas lecturas y sentidos” (Cendales & Torres, 2006, p. 11) sobre lo que significa ser caficultora en la vereda La Laguna. Dado que, muchas veces, lo que pasa dentro de las familias caficultoras es invisible o se considera sin importancia. Sin embargo, es en esa organización familiar donde se guarda la herencia, se resiste a las crisis de precios y se enfrenta la presión de una tecnificación que a veces nos quiere quitar nuestra identidad.

Al escribir este relato, considero que realizo un ejercicio de autonomía, en el que afirmo que mi voz y la de mi familia también constituyen conocimiento. Este trabajo es relevante porque visibiliza que la organización en torno al café se convierte en una forma de defensa del territorio y en una manera de permanecer dignamente en él, a pesar de los conflictos y del abandono del Estado. En síntesis, justifico este trabajo como un acto de sentipensar mi propia historia, reconociendo que cada grano de café recolectado y cada saber compartido en casa son, en realidad, expresiones de educación y cultura que merecen ser nombradas y respetadas.

Metodología

Este trabajo tiene como objetivo analizar la caficultura a partir de una experiencia vivida construida mediante un autorrelato. Para dar cumplimiento a este propósito, el trabajo de grado se enmarca en una metodología cualitativa. Asimismo, adopta elementos de la Sistematización de Experiencias desarrollada desde la perspectiva del Grupo de

Investigación en Educación Popular de la Universidad del Valle, dado que sus principios permiten comprender la lógica interna y la significatividad de la experiencia del cultivo del café a partir de una aproximación reflexiva y crítica a la experiencia vivida.

Con respecto a la investigación cualitativa, Blasco y Pérez (2007) señalan que en esta “se estudia la realidad en su contexto natural tal y como sucede, sacando e interpretando los fenómenos de acuerdo con las personas implicadas” (p. 16). De ahí que se haya optado por esta vía metodológica, dado que facilita la inmersión en las labores caficultoras y la exploración de las configuraciones de sus prácticas cotidianas.

En esa misma línea, Irene Vasilachis de Gialdino (2006) menciona tres características esenciales del método cualitativo que considero pertinentes para este trabajo: a) la inmersión en la vida cotidiana de la situación seleccionada, b) la búsqueda por comprender la perspectiva de los participantes sobre sus propios mundos, y c) la comprensión de la investigación como un proceso interactivo, descriptivo y analítico que privilegia las palabras y experiencias de las personas como datos primarios (p. 26). Estas características permiten adentrarse en las prácticas que se gestan alrededor del cultivo del café desde procesos inductivos y datos no cuantificables, favoreciendo una comprensión de los sentidos, tensiones y significados construidos en la experiencia vivida. De esta manera, este trabajo de investigación desde la metodología cualitativa posibilita comprender cómo se interpretan y resignifican la cotidianidad dentro de la caficultura.

Ahora bien, como se mencionó anteriormente, este trabajo no adopta la sistematización de experiencias como una metodología en totalidad, sino que toma ciertos elementos de ella para guiar el proceso investigativo. Esto se debe a que, dentro de este enfoque, “más que procesar y organizar datos, interesa analizar las maneras en que los actores interpretan y recrean su propia experiencia” (Acevedo et al., 2016, p. 6). Bajo esta perspectiva, el trabajo busca comprender los sentidos, prácticas y significados construidos alrededor de la caficultura a partir de una experiencia vivida.

A partir de ello, este trabajo se aproximó a las tres fases de la sistematización de experiencias: reconstrucción, interpretación y potenciación (Acevedo et al., 2016). Frente a esto, los autores plantean que este enfoque privilegia ciertos aspectos metodológicos en los que las

fases “no son secuenciales, sino que se traslapan unas con otras” (p. 4). En ese sentido, estas fases no se asumieron como etapas rígidas o lineales, sino como procesos dinámicos que se relacionan y dialogan entre sí a lo largo de la investigación.

La primera fase realizada fue la reconstrucción, la cual tiene como objetivo la construcción de un macrorrelato consensual que permita recuperar la historia de la experiencia y las interpretaciones que los actores construyen sobre ella (Acevedo et al., 2016). No obstante, en este trabajo de grado no se desarrolló un macrorrelato en su totalidad, sino un autorrelato orientado por algunos elementos de esta fase. En ese sentido, se retomó principalmente la reconstrucción de momentos, prácticas y acontecimientos significativos vinculados a mi experiencia alrededor de la caficultura.

Luego se pasó a la fase de interpretación, la cual se enfoca en comprender e interpretar los sentidos de la experiencia vivida. Su objetivo principal es identificar la lógica interna de la experiencia; para ello, el relato debe someterse a un proceso de interpretación (Acevedo et al., 2016). De esta manera, este trabajo se aproximó principalmente a la lectura extensiva y a la lectura intensiva propuesta por el grupo de investigación en Educación Popular de la Universidad del Valle.

Desde esta lógica, se realizó un proceso de lectura detallada del relato, el cual permitió identificar algunos temas que agrupan los conceptos centrales de la experiencia narrada en el relato con apoyo de la IA. A partir de este ejercicio emergió un primer listado amplio de categorías presentes en el relato. Posteriormente, estas fueron asociadas y reorganizadas en categorías más amplias, denominadas núcleos temáticos, con el fin de englobar los elementos que guardaban relación entre sí y posibilitar una comprensión más clara de los sentidos y la lógica de la experiencia.

Por último, se desarrolló un acercamiento no completo a la fase de potenciación, la cual se orientó al fortalecimiento de la experiencia, en donde se propusieron tres estrategias que permitieron encontrar alternativas participativas a las problemáticas identificadas a lo largo del relato. De la misma manera, estas estrategias estuvieron alineadas con la educación popular, en tanto este enfoque posibilita la negociación cultural, aspecto necesario en la

caficultura, ya que en el marco del relato esta se encuentra atravesada por una serie de actores y tensiones que configuran su dinámica.

Fase I. La Reconstrucción de la experiencia

El Autorrelato

Este autorrelato busca dar cuenta de mi relación con el cultivo de café y de mi interacción con la finca familiar El Mandarino, ubicada en la vereda La Laguna, en Cajibío, Cauca. Reúne una serie de fragmentos o momentos que resaltan cómo ha sido mi relación con el café, así como mi interacción con otros actores y contextos cafeteros en diferentes ámbitos.

De esta manera, el autorrelato se construye desde cuatro momentos hitos, abordando mi experiencia en relación con el cultivo tradicional. La narrativa se orienta desde textos, collages fotográficos y una pieza sonora donde reconstruyo mi experiencia. Almente, mi experiencia acompañando el cultivo de café de la comunidad de la Pedregosa.

Los momentos que conforman el autorrelato son los siguientes: 1. Inicios en el cultivo del café (2013); 2. Regreso al cultivo del café (2022); 3. Transición hacia el trabajo de grado (2023); y 4. Mi experiencia acompañando el cultivo de café en la comunidad de La Pedregosa.

El autorrelato se relaciona en este documento a través de hipervínculos, por ello, quien lo lea debe dar click en los enlaces que se relacionan a continuación, así, será redireccionado a un documento de texto, sonoro o visual.

Momento hito 1. (2013) Inicios en el cultivo del café

En este primer momento se describe, a grandes rasgos, el origen de mi relación con la caficultura, la cual parte de mi vínculo con mi madre. Aunque la narración se sitúa en el año 2013, también retoma recuerdos de mi infancia para comprender cómo se dio mi inicio en el cultivo en ese momento. Asimismo, incluye una pieza de audio construida a partir de una entrevista, mediante la cual incorporo la voz de mi madre como protagonista de mi relación con el café. En este registro sonoro se desarrolla una conversación en la que ella relata su proceso en la caficultura, compartiendo sus experiencias, aprendizajes y las transformaciones que ha vivido a lo largo del tiempo.

- 1) Amor al campo: Experiencia de una Joven Campesina en el Cultivo de Café-
- 2) Cápsula sonora con mi madre

Momento hito 2. (2022) Regreso al cultivo de café

En este segundo apartado, mi relato se desarrolla en dos momentos. El primero corresponde a un clip muy breve en el que el coco aparece como símbolo de mi regreso a la caficultura en Morales, Cauca, donde retomé las labores de recolección de café y se complementa un apartado escrito. Allí se realiza un salto temporal entre 2013 y 2022, ya que durante varios años no regresé a la finca debido a que mi familia migró a otro lugar.

El segundo momento se sitúa en 2022 y narra el inicio de mi emprendimiento de café artesanal. A través de este relato se pueden conocer el contexto en el que surge, las dinámicas familiares que lo hicieron posible, la participación de distintos integrantes de mi familia y algunos procesos que fueron emergiendo durante su desarrollo. Esta experiencia se reconstruye mediante un video corto elaborado con imágenes y fotografías tomadas en la finca El Mandarino.

- 1) Apartado escrito de mi regreso a la caficultura
- 2) El coco para recoger café: Búsqueda de empleo en cultivos de café.
- 3) Relación con mi madre (otros miembros de familia se involucran en el emprendimiento del cultivo del café)
- 4) Collage del cultivo de café

Momento hito 3. (2023) Transición al TG

Este tercer apartado se centra en mi relación con el cultivo del café y en cómo mi emprendimiento, inicialmente temporal, se transforma en una posible línea de trabajo de grado, articulándose con espacios de formación universitaria. En este proceso, busco comprender la interacción entre los cultivadores y la planta. Aquí se narran, de forma escrita, distintos momentos que muestran cómo el café se va configurando en mi experiencia (café y formación académica, 2023).

- 1) Inicio por pensar en mi trabajo de grado.
- 2) Llevar café a la Universidad

Momento hito 4. (2024-2025) Mi experiencia acompañando en la comunidad de la Pedregosa.

En este momento hito narro de forma escrita mi experiencia apoyando un proceso de cultivo del café en el corregimiento La Pedregosa, orientado a ayudar a algunos caficultores de la comunidad a mejorar los precios del café.

1) Experiencia en proyecto de café la Pedregosa.

Fase II. Interpretación de la experiencia

La fase de interpretación de la experiencia se desarrolló a partir de un proceso de lectura progresiva del autorrelato. En un primer momento, se realizó una lectura extensiva orientada a identificar temas, ideas y conceptos significativos presentes en la experiencia narrada. Posteriormente, se llevó a cabo una lectura intensiva que permitió reconocer los núcleos temáticos centrales que estructuran la experiencia. Finalmente, se desarrolló un ejercicio de análisis e interpretación de la trayectoria alrededor del cultivo tradicional del café a partir de los núcleos temáticos emergentes. Este proceso se apoyó en algunos elementos de la propuesta de sistematización de experiencias del Grupo de Investigación en Educación Popular de la Universidad del Valle, retomando aquellos aspectos que resultaban pertinentes para la comprensión de la experiencia, sin asumir de manera íntegra el procedimiento analítico basado en las tres lecturas planteadas por dicho enfoque.

Núcleo I. Herencia intergeneracional en la caficultura familiar y tradicional

En esta interpretación analizo la caficultura familiar y tradicional a partir de mi autorrelato, entendiendo la herencia intergeneracional como un proceso que va más allá de la simple transmisión de técnicas. Desde mi experiencia, el cultivo del café es un espacio donde se articulan identidad, aprendizaje y formas de vida, construidas desde la infancia a través de la participación en las prácticas cotidianas de la familia caficultora.

Sin embargo, este proceso no es homogéneo ni está libre de tensiones. En él se cruzan dimensiones culturales, económicas y educativas que transforman el sentido de la participación con el tiempo. Prácticas que desde la familia se entienden como aprendizaje pueden ser vistas desde otros contextos como trabajo infantil o inserción temprana en

dinámicas económicas. Asimismo, en la adolescencia el café deja de ser solo un espacio de formación para convertirse también en un medio de subsistencia.

En este sentido, entiendo la caficultura como un proceso dinámico, donde la tradición no se reproduce de forma pasiva, sino que se adapta y se transforma según las condiciones sociales, económicas y generacionales. Así, la herencia caficultora se construye desde la experiencia, el trabajo colectivo y el diálogo de saberes, donde convergen distintas formas de vivir, aprender y sostener el café.

La herencia del café en las familias caficultoras es un proceso cultural y dinámico que empieza desde la infancia en muchos hogares y se va afianzando con las prácticas diarias junto a la familia y la tradición del cultivo. No es algo que simplemente se recibe, sino que se vive activamente; el contacto constante con la tierra y los seres queridos va tejiendo poco a poco la memoria y la identidad. Como bien dice uno de los fragmentos del autorrelato: “Desde que tengo memoria, en mi familia se ha cultivado café”.

En algunos hogares caficultores, los niños comienzan su participación en el cultivo entre los 4 y los 7 años. Este ingreso temprano no ocurre de forma brusca, sino que coincide con un momento en el que ya han desarrollado cierto grado de autonomía y habilidades físicas básicas.

Desde la perspectiva familiar en mi autorrelato, esta etapa inicial funciona como un inicio simbólico que habilita a los niños para asumir tareas asociadas al cultivo. Estas labores son limitadas y cuidadosamente seleccionadas. En mi caso, «entre los 4 y 5 años, mi mamá me llevó por primera vez a la finca a recolectar café».

Ese hecho no solo marca un momento de iniciación en el trabajo en la caficultura, sino que muestra un proceso más profundo: la socialización en la caficultura ocurre mediante transmisión intergeneracional. Se aprende acompañando, observando y realizando tareas simples.

En este contexto, el trabajo infantil no aparece como una imposición directa, sino como un proceso progresivo en el que se asume un rol propio de la tradición familiar. Así, desde la infancia se va legitimando la pertenencia al mundo cafetero.

Las tareas asignadas a los niños revelan también una interpretación cultural sobre qué se considera “trabajo apto para la niñez”. Labores como la recolección de cerezas de café asociadas a movimientos simples y repetitivos se perciben como actividades accesibles.

La afirmación «recoger café no es difícil...» (H. Pechene, comunicación personal, 13 de octubre de 2025), expresa esta mirada adulta. Sin embargo, dicha percepción no deriva de una evaluación objetiva del esfuerzo, sino de la normalización de la participación temprana en las dinámicas del cultivo de café.

En consecuencia, lo que se califica como “sencillo” no es la labor en sí misma, sino el hecho de haberla practicado desde edades tempranas, enmarcada por la memoria afectiva del hogar, la finca y la familia.

Esta convivencia con la actividad desde la infancia facilita que la recolección de granos maduros sea una tarea accesible para los niños, quienes participan manualmente en la selección del café sin involucrarse en labores que requieran esfuerzo físico mayor o manejo de cargas pesadas. El relato personal evidencia que, aunque aprender a recolectar café puede representar un desafío inicial para un niño pequeño, cómo lo fue en mi caso, la práctica familiar y la transmisión de saberes transforman esta labor en una actividad asimilable y significativa dentro del núcleo social y económico que rodea la caficultura familiar.

De esta manera se inicia el proceso de enseñanza práctica desde la infancia: se comienza por lo más sencillo y, conforme avanza el crecimiento y el desarrollo de habilidades, los niños progresan hacia labores más complejas, tales como sembrar, abonar o similares (mencionadas en el marco del autorrelato). Este enfoque ilustra cómo, en el contexto rural cafetero, la tradición se transmite mediante experiencias familiares, enseñanzas prácticas y progresivas.

De la misma manera, la interacción de los niños con el cultivo de café no se reduce a la realización de tareas productivas: implica la inmersión en un ecosistema vivo. El cafetal reúne arvenses, árboles, insectos y otros organismos cuya presencia configura un paisaje interno sombra, suelo, microfauna que actúa como contexto formativo como se muestra en el autorrelato. Desde mi experiencia, esa ecología no es fondo neutro, sino mediadora del aprendizaje.

Este contacto directo favorece la construcción de saberes vinculados al entorno, ya que gran parte de los aprendizajes surgían de la interacción cotidiana del cultivo de café. Como se evidencia en uno de los hitos de mi autorrelato, representado en la serie de collages sobre la finca cafetera, se destacan imágenes de insectos y otros elementos propios del entorno rural. Estas representaciones permiten reconocer cómo, a través de la observación y el contacto cotidiano con la naturaleza, aprendí a identificar seres vivos como saltamontes y caracoles. De esta manera, se fue configurando un conocimiento construido desde la experiencia directa y la relación permanente con el entorno de la finca.

La inmersión temprana produce, además, una cercanía afectiva con el entorno. El reconocimiento de especies y la familiaridad con los ritmos del cafetal generan una sensibilidad que condiciona actitudes posteriores frente a la naturaleza: cuidado, respeto y un sentido de pertenencia. En mi trayectoria, lo aprendido en la infancia siguió orientando decisiones y juicios sobre manejo y conservación, como también puede ser lo contrario, generar otras percepciones.

Por otro lado, aunque desde afuera estas prácticas podrían interpretarse como trabajo infantil, en la caficultura familiar tradicional se entienden como parte de la transmisión cultural, como lo da entender mi autorrelato, no dice en ningún lado, me obligaron. Los niños aprenden acompañando y haciendo tareas simples. Sin embargo, esta diferencia de miradas revela una tensión importante. Analíticamente, es necesario distinguir entre aprendizaje legítimo y trabajo laboral: “la experiencia puede ser formativa, pero también puede implicar cargas o riesgos que deben evaluarse críticamente.

Por otra parte, en el marco del autorrelato, después de haber interiorizado los conocimientos mediante la experiencia práctica en el cultivo del café, «entre los 12 y 13 años los adolescentes comienzan a sembrar su propio cultivo». Esto refleja los efectos de la enseñanza y el relevo generacional. Aunque no se detalla explícitamente en el autorrelato por qué continúan la tradición, se evidencia una clara permeabilización de la cultura caficultora.

Además, la adolescencia es una etapa de transición hacia la vida adulta joven, en la que se consolida la identidad y se adquiere independencia. En este contexto, la caficultura, transmitida por generaciones como base económica de muchas familias campesinas, permite

a los adolescentes desarrollar esa independencia sin renunciar al trabajo cooperativo. La familia actúa como apoyo clave: conserva la tradición y garantiza la supervivencia en el ámbito rural. De este modo, el joven aprende a sembrar por cuenta propia, por ejemplo, “a los 14 años sembré 600 árboles”, “al igual que mi hermana”, pero dentro de un marco familiar que une autonomía y colaboración.

En esta etapa de la adolescencia, se evidencia, que el proceso de transmisión cultural en el cultivo del café se mantiene arraigado en la cooperatividad y el aprendizaje práctico. Vamos pensando hacia tareas de mayor complejidad y responsabilidad, lo que de cierta forma da a los adolescentes mayor autonomía; no obstante, sin dejar de lado el apoyo familiar.

Además, desde mi experiencia narrada, el cultivo familiar del café permanece como una actividad fundamentalmente manual. Aunque la finca ha incorporado herramientas modernas que alivian tareas puntuales pero la mayor parte del trabajo sigue recayendo en el esfuerzo humano. Labores como el rosado o la limpieza del monte, necesarias para preparar la tierra antes de sembrar, continúan realizándose a mano. Los helechos grandes y la maleza resistente demandan una fuerza física que difícilmente podría sustituirse con insumos químicos. Estos elementos dan cuenta de una hibridación productiva: la incorporación parcial de tecnologías y herramientas dentro de una práctica que conserva métodos tradicionales. Esta tensión será central en otro núcleo de interpretación, donde analizaré cómo estas combinaciones responden a la búsqueda de sostenibilidad del cultivo y otras dinámicas.

Asimismo, la dimensión colectiva es constitutiva del proceso productivo. Sembrar café, cuidar las plantas y acompañar el crecimiento hasta el primer fruto “que puede tardar más de un año”, son actividades que difícilmente se sostienen de manera individual, hecho que se identifica en el autorrelato. Es por eso que el trabajo en familia no es solo una herencia cultural, sino una condición de posibilidad material: más manos facilitan el proceso y permiten sostener la rutina agrícola frente a las exigencias del entorno. En este sentido, la tradición no opera únicamente como memoria, sino como estrategia que distribuye la carga y mantiene el cultivo viable. El contexto que narro muestra que, aun cuando la caficultura se moderniza, la cooperación familiar o comunitaria sigue siendo el principio organizador que hace posible el trabajo.

Sumado a lo anterior, en el autorrelato identifiqué una transformación en la forma en que significó mi relación con la caficultura. Durante la infancia, participar en las labores del café se inscribe en un marco principalmente de transmisión cultural y familiar: es un espacio de socialización práctica, de acompañamiento y de transmisión de saberes. Sin embargo, al llegar la adolescencia emerge una ruptura sutil pero decisiva: mis tareas ya no se entienden únicamente como parte de la colaboración familiar, sino como una actividad que se inserta en una lógica económica.

Esta transición marca un momento clave porque modifica el sentido de la participación. Lo que antes vivía como participación y apoyo familiar colaborativo, empieza a estar atravesado por la idea de que el café puede generar ingresos propios. Esto no solo revela el peso que la economía familiar tiene sobre la trayectoria vital, sino que también muestra cómo, dentro de las familias caficultoras, la madurez se asocia con la capacidad de producir valor económico.

Al reinterpretar las prácticas colaborativas desde un enfoque económico, reconozco que mi experiencia refleja una tendencia más amplia del sector: la economización de la vida rural, donde actividades tradicionalmente culturales o formativas se convierten en un mecanismo para afrontar necesidades básicas. Esta reconfiguración evidencia una tensión estructural: mientras los aprendizajes prácticos siguen ligados a la tradición, el sentido de esos aprendizajes se desplaza hacia su utilidad en un contexto de vulnerabilidad socioeconómica.

En síntesis, este fragmento de mi relato muestra que la adolescencia constituye un punto de inflexión donde se cruzan la cultura y la economía, y cómo ese cruce redefine la manera en que me posiciono frente a la caficultura y frente a las expectativas de la vida adulta. Ya no se trata solo de aprender a cultivar café, sino de comprender por qué sembrarlo: aunque es una práctica cultural, también es una actividad económica que, con el tiempo, se ha consolidado como la principal fuente de ingresos y de subsistencia dentro de las dinámicas rurales.

Esta reconfiguración no solo se evidencia en mi propia trayectoria, sino que también encuentra un paralelo en la historia caficultora de mi familia materna, donde las prácticas productivas han sido marcadas por contextos de crisis y adaptación. Tras el asesinato de mi abuelo -un hecho que mi madre omite en la entrevista pero que permanece en la memoria

histórica familiar-, el hermano mayor de mi madre emigró a Medellín. Allí adquirió nuevos conocimientos y semillas provenientes de fincas cafeteras y, al regresar, no solo introdujo esas prácticas en la familia, sino que también asumió un rol de guía y proveedor, enseñándole a mi madre, quien apenas tenía 14 años y se encontraba, al igual que yo en mi experiencia, en ese umbral entre la niñez y la adolescencia. (H. Pechené, comunicación personal, 13 de octubre de 2025).

Este proceso destaca que la tradición no es simplemente un legado heredado, sino una construcción activa en respuesta a la necesidad y al contexto. La figura del hermano mayor se convierte en un pilar fundamental, pues su experiencia en Medellín y su retorno transforman la dinámica familiar. De este modo, la caficultura se convierte en un mecanismo de resiliencia, y la transmisión del saber se convierte en una herramienta de movilidad social y continuidad generacional.

Por lo tanto, la tradición caficultora en mi familia no solo preserva técnicas agrícolas caficultoras, sino que se convierte en una estrategia de resiliencia que se adapta y transforma con el tiempo. Las prácticas que el hermano mayor de mi madre trajo desde Medellín, aunque originadas en un contexto distinto, se adaptaron y se consolidaron como un pilar fundamental para la supervivencia y la continuidad familiar. Con el tiempo, estas prácticas no solo permitieron la adaptación, sino que también moldearon la forma en que las generaciones posteriores entienden y valoran el cultivo del café.

De la misma manera, observo que la transmisión generacional funciona como un ciclo de resiliencia y adaptación: cada generación no solo recibe un conjunto de saberes, sino que lo reinterpreta, lo ajusta y lo proyecta hacia nuevas condiciones. En este sentido, la tradición caficultora opera simultáneamente como un mecanismo de preservación y como un dispositivo de innovación, pues permite que los conocimientos heredados se transformen en herramientas para enfrentar los retos contemporáneos. Mi madre lo expresa con claridad al afirmar: “Ha ido de generación en generación... con eso han estudiado los muchachos... las sobrinas están estudiando” (H. Pechene, comunicación personal, 13 de octubre de 2025).

También, en el marco de mi relato, el surgimiento de mi emprendimiento de café artesanal evidencia cómo la tradición heredada puede transformarse sin perder su sentido. Al ser parte

de la segunda generación caficultora, noto que cada decisión productiva desde incorporar nuevas prácticas hasta abrir mis propios espacios de comercialización constituye una adaptación que dialoga con los saberes transmitidos. Así, la tradición funciona más como un fundamento flexible que como un legado rígido.

Esta transformación se expresa en las acciones que sostienen mi proyecto. Comencé con un tostado empírico guiado por mi mamá, lo que confirma que el aprendizaje familiar sigue siendo central, pero lo complementé con la búsqueda de información externa para llenar vacíos técnicos. El consenso alrededor del tueste medio muestra una negociación intergeneracional donde conviven el saber práctico y mis búsquedas personales. Además, las redes sociales se convierten en un referente clave: los algoritmos me exponen a emprendimientos, métodos de preparación y modelos de comercialización que reconfiguran mis expectativas y orientan mi interés hacia cafés especiales y prácticas más ecológicas.

Al mismo tiempo, adopto una mirada más técnica del consumo mediante la evaluación sensorial y la compra selectiva de cafés de origen. Consulto redes sociales para identificar precios, variedades y marcas locales, aunque la información sea fragmentada y recorro a conocidos para ampliar datos que no aparecen en plataformas digitales. Esta combinación de fuentes muestra una posición en transición entre lo artesanal y lo convencional, en un contexto marcado por la informalidad del mercado y por mis propias limitaciones económicas, pero también por una voluntad de innovar sin romper con mi tradición familiar.

Café y la necesidad de cooperatividad

Otro punto que considero fundamental, y que también aparece en la experiencia que relato, es la forma en que la caficultura genera oportunidades de trabajo colectivo. Tanto en las fincas familiares como en las no familiares, durante la cosecha resulta inevitable recurrir a mano de obra externa. Esto no se debe a un gesto espontáneo de “ayuda mutua”, sino a una condición estructural del cultivo: la recolección manual exige mucha mano de obra en un lapso muy breve, lo que rebasa la capacidad del núcleo familiar o finqueros de café.

Esta dinámica productiva crea un sistema de empleo temporal que integra a vecinos, jornaleros y miembros de la comunidad y familias. En esa interacción se generan vínculos de

interdependencia entre las fincas y los trabajadores, que sostienen el proceso productivo más allá de los límites de la familia.

Aunque, este entramado no puede interpretarse únicamente como solidaridad. En territorios rurales donde los ingresos son inestables y el acceso a empleo formal es limitado, la caficultura produce un campo de valor económico y social: las fincas devienen espacios de circulación de recursos, oportunidades y reconocimiento. El ingreso temporal beneficia a quienes recolectan, pero también fortalece las redes sociales de quienes producen, pues estas relaciones construyen reciprocidades, favores futuros y legitimidad comunitaria. Desde mi propia vivencia -cuando trabajé en la cosecha entre finales de 2021 e inicios de 2022 en algunas fincas de la vereda la primavera, Morales, Cauca- pude observar que la expectativa de trabajo no descansaba exclusivamente en la paga, sino en la concreción de vínculos entre trabajadores y propietarios, vínculos que posteriormente se traducían en continuidad laboral, recomendaciones y apoyo mutuo.

En este sentido, el cooperativismo en las fincas cafeteras no debe leerse como un gesto cultural altruista, sino como una estrategia de supervivencia colectiva frente a la incertidumbre del contexto socioeconómico. Es por eso, que la integración de externos responde a una lógica socioeconómica donde la reproducción del hogar cafetero depende tanto de la mano de obra familiar como de la capacidad para articularse con la comunidad. Trabajar colectivamente cumple, entonces, una doble función: asegura la continuidad “productiva” del café y reconfigura el tejido social rural, transformando la cosecha en un acontecimiento comunitario que distribuye riesgos, recursos y afectos.

Este patrón se repite en distintas regiones caficultoras, pese a las particularidades locales, porque opera sobre la misma estructura relacional: la tradición se aprende en interacción directa con el territorio y con quienes lo habitan. Lo viví al llegar a Morales, Cauca, en 2021, donde el trabajo temporal en varias fincas no fue solo una fuente de ingreso, sino una forma de inserción en una cultura cafetera preexistente. De modo similar, el caso de mi tío -hermano mayor de mi madre- ilustra este proceso: laboró en una finca cafetera en Medellín, adquirió conocimientos prácticos y luego los compartió con su familia. Más que una simple transmisión técnica, fue una transferencia de experiencia situada que permitió reconstituir el horizonte económico y social de su hogar.

Así se ha configurado la herencia caficultora familiar: no como un legado lineal, sino como un proceso de apropiación colectiva que emerge de experiencias individuales y se refuerza a través de la práctica cotidiana y el diálogo con el entorno. En términos analíticos, este proceso evidencia una resiliencia cultural orgánica en regiones, donde las dinámicas de cooperación tienen raíces históricas en comunidades indígenas, campesinas, afrodescendientes y mestizas. Mi contacto con el café en la vereda La Laguna, Dinde (Cajibío, Cauca) confirma esta lógica: los saberes no se enseñan como teoría, sino como práctica encarnada en el territorio.

El café, en este marco, opera como articulador de trabajo cooperativo y como generador de redes sociales. Integra a externos en las labores, comparte conocimientos y adapta tradiciones a las presiones materiales de la subsistencia. De esta manera, convierte desafíos individuales en legados compartidos, reforzando la identidad rural caficultora y permitiendo que la producción agrícola en el cultivo de café se sostenga no solo en términos económicos, sino también sociales y culturales.

Café y formación institucional (Educación y Trayectoria Académica)

En mi autorrelato, la educación aparece como un eje transversal que organiza y da sentido a toda mi experiencia caficultora. No solo orienta cómo se aprende a trabajar la tierra, sino también cómo se transmiten los saberes entre generaciones y cómo se ajustan las prácticas a los cambios del entorno. Desde esta perspectiva, la educación funciona como un puente entre cultura y tradición: permite conservar lo heredado, pero también abre espacio para reinterpretarlo y adaptarlo dentro de la vida diaria en la finca familiar.

De manera complementaria, mi formación en educación popular y trayectoria Universitaria, ampliaron mi marco de comprensión sobre el café. Estas experiencias me ofrecieron herramientas conceptuales que, aunque más abstractas, fueron fundamentales para comparar mi vivencia familiar con otras realidades y modos de organización. Gracias a este proceso, empecé a reconocer la caficultura no solo como una práctica económica y cultural, sino también como un campo de estudio y de acción social, donde los saberes locales dialogan con conocimientos externos y contribuyen a moldear identidades, relaciones comunitarias y formas de organización territorial.

En este camino, la interacción con otras experiencias cafeteras también fue decisiva (interacción que se dio por la necesidad de indagar y hacer trabajos del programa licenciatura en educación popular). Conocer a actores y liderazgos del territorio, como Doña Faustina Rodallega, me permitió comprender otras formas de sostener y transmitir las prácticas del café. Escuchar su experiencia hizo visible que, aunque existen prácticas en común, cada trayectoria caficultora expresa tensiones, estrategias y sentidos distintos. Asimismo, el contacto con instituciones como la Federación de Cafeteros me permitió entender la estructura del mercado del café y, al mismo tiempo, reconocer la importancia de visibilizar otras realidades que suelen quedar relegadas. Todo esto despertó en mí una mayor curiosidad por investigar y profundizar en el campo cafetero.

Con el tiempo, comencé a identificar patrones comunes: formas de trabajo, modos de transmisión del conocimiento y lógicas de organización local. Estos elementos me permitieron contrastar mi experiencia familiar con otras, como los emprendimientos cafeteros o la vinculación de productores a organizaciones del sector. Este ejercicio comparativo no solo fortaleció mi comprensión del oficio, sino que también evidenció la importancia de reconocer y legitimar la diversidad de prácticas que existen dentro de la caficultura.

A esto se suma que, durante mi trayectoria universitaria, tuve contacto con emprendimientos de cafés de especialidad, entre ellos Inspira Café. Esta experiencia abrió un espacio de aprendizaje distinto: me permitió acercarme a nuevas maneras de ver y comprender el café, y reconocer que la cultura cafetera circula en múltiples lugares, no únicamente en la finca familiar.

En este sentido, el campus universitario se convirtió en un escenario de enseñanza ampliado, donde los saberes académicos se mezclaban con conocimientos prácticos y con la posibilidad de comparar diversas miradas sobre el café. Este cruce de experiencias reforzó mi comprensión del café como un fenómeno cultural amplio, dinámico y compartido, que se aprende y se transforma en distintos espacios.

Por otro lado, en mi autorrelato, también aparece el fortalecimiento de técnicas agrícolas mediante la formación ofrecida por el SENA, institución que brinda este tipo de capacitación

en territorios como aquel donde está ubicada la finca familiar. Este acceso formativo permitió cerrar brechas, actualizar conocimientos y fortalecer capacidades dentro de la comunidad, aportando a la sostenibilidad del cultivo y al reconocimiento del café como una práctica que combina tradición y aprendizaje continuo.

En síntesis, este recorrido evidencia que mi formación en la caficultura no se limita a la transmisión heredada dentro de mi familia, sino que se expande y se complejiza al contrastarse con otros modos de producir, cultivar, organizarse y sostener el oficio. Al reconocer la diversidad de emprendimientos, vínculos asociativos y estrategias locales que coexisten en el territorio, comprendo que la caficultura no es un modelo único, sino un campo dinámico donde convergen múltiples racionalidades. Este reconocimiento no solo profundiza mi lectura del sector, sino que también me invita a situarme críticamente dentro de él, entendiendo que mi propia trayectoria emerge de ese conjunto plural y en constante transformación.

Núcleo Temático II. Retos socioeconómicos, ambientales y de mercado en la caficultura familiar: estrategias colaborativas de sostenibilidad y resistencia desde una experiencia personal

La caficultura, según mi autorrelato, funciona como un eje articulador que integra múltiples dimensiones fundamentales, tales como: familia, tradición, formación académica, economía, mercado, educación, dinámicas sociales, identidad, sostenibilidad y formas de organización comunitaria. Esto se refleja a lo largo de mi trayectoria caficultora y cafetera, narrada. En consecuencia, este entramado evidencia que el cultivo del café no se limita solo a una práctica agrícola ni a una mera fuente de ingresos; por el contrario, constituye un mecanismo de transmisión identitaria y reproducción cultural que fortalece las relaciones comunitarias y otorga coherencia al tejido social campesino.

No obstante, esa capacidad articuladora se tensiona en mi propio autorrelato cuando emergen experiencias como la volatilidad de los precios, el incremento en el uso de agroquímicos para fertilizar o enfrentar enfermedades fitosanitarias y la consulta a técnicos externos. Estas prácticas no pueden entenderse como decisiones individuales o contingencias operativas: constituyen indicadores de procesos estructurales que reorganizan la caficultura familiar. El

imperativo de incorporar insumos químicos y tecnologías estandarizadas no sólo desplaza los conocimientos locales acumulados históricamente (o de caficultura tradicional), sino que produce una dependencia material y cognitiva que reduce la autonomía productiva. Paralelamente, la fijación del precio del café en mercados globales desvinculados de las condiciones territoriales impone una racionalidad económica que sitúa al productor en una posición subordinada y frágil en la cadena de valor. y sumado ello el contexto de mi experiencia que está atravesado por el conflicto armado.

En esta lógica, la caficultura deja de ser solo un espacio de tradición y comunidad, y pasa a estar marcada por relaciones de poder y situaciones de vulnerabilidad. La dependencia de tecnologías y agroquímicos no surge de manera natural, sino como parte de una integración subordinada a un modelo de producción convencional que busca aumentar los rendimientos, unificar las prácticas y reducir la diversidad ecológica a variables fáciles de controlar. Este modelo termina transformando la relación entre las familias campesinas, los territorios y los saberes, y debilita el papel tradicional que ha tenido la experiencia campesina en las decisiones agronómicas.

Pese a lo anterior, y dado que la caficultura actúa como un eje integrador, en mi autorrelato identifiqué cómo, a partir de alternativas colectivas, es posible resistir y buscar la sostenibilidad integral en la producción cafetera familiar.

Retos socioeconómicos en la caficultura familiar

El reto socioeconómico de la caficultura emerge de la lectura reflexiva de mi propio relato personal, que pone en evidencia parte de las realidades que enfrentan las familias caficultoras en algunos territorios rurales de municipios, como Cajibío, Cauca. Este relato permite identificar cómo la volatilidad de los precios internacionales del café, el mercado, la histórica presencia de grupos armados y la expansión de cultivos de uso ilícito han configurado condiciones estructurales de vulnerabilidad que comprometen la estabilidad económica y social de los pequeños productores. Sin embargo, esta misma situación de crisis ha abierto también una ventana de oportunidad para la búsqueda y construcción de estrategias alternativas de resistencia.

Desde esta perspectiva, la dimensión socioeconómica se constituye como un eje para comprender y afrontar las problemáticas que atraviesan las comunidades caficultoras. En lugar de partir exclusivamente de apartados teóricos, este análisis se ancla en la realidad concreta y cotidiana que surge de mi autorrelato.

La dimensión socioeconómica de la caficultura familiar se manifiesta, desde mi experiencia relatada, en la dependencia estructural de los pequeños productores frente a la extrema volatilidad del precio del café en pergamino. Esta fluctuación no solo condiciona la capacidad de reproducción material de los hogares, sino que también moldea los marcos identitarios que legitiman y otorgan sentido a la actividad cafetera. En mi autorrelato, la voz de mi madre construye una narrativa de valoración positiva del café que funciona como un dispositivo cultural de resistencia y esperanza: «Con el café hemos hecho la casa, hemos comprado herramientas... todo eso por resultado del cultivo de café. Si uno siembra café, puede comprar las cosas que uno necesita» (Entrevista a mi madre, 13 de octubre de 2025). Estas afirmaciones inscriben la actividad cafetera en un horizonte de dignidad, esfuerzo y ascenso social, donde el cultivo es percibido como un medio legítimo de subsistencia y realización.

Sin embargo, junto a esta narrativa de reconocimiento simbólico y orgullo económico, surge una segunda narrativa marcada por la queja cotidiana frente a las condiciones materiales de producción. Tanto en el ámbito familiar como en el comunitario, aparecen se evidencian la asimetría estructural del mercado: mientras que los costos de insumos fertilizantes, fungicidas y herramientas aumentan persistentemente, el precio de la carga de pergamino permanece incierto y frecuentemente insuficiente. Esta brecha se intensifica cuando el sistema de compra tradicional no reconoce el valor agregado por calidad, pues el café cuidadosamente seleccionado recibe el mismo precio que uno sin diferenciación. Aunque en mi autorrelato no lo nombro explícitamente, esta experiencia fue decisiva para orientar la búsqueda de alternativas de comercialización directa que posibilitaran una transacción más justa.

La coexistencia de ambas narrativas revela una contradicción fundamental: aun cuando se reconoce la injusticia del precio, esta constatación rara vez se traduce en acciones colectivas transformadoras. En mi análisis, esta disociación entre crítica verbal y ausencia de confrontación práctica responde a un proceso de aceptación cultural de la realidad impuesta.

Expresiones como “así es el mercado” funcionan como mecanismos de naturalización de la desvalorización del trabajo caficultor, reproduciendo relaciones de dependencia donde el pequeño productor carece de soberanía sobre el valor de su propia producción. De este modo, la identidad cafetera se construye simultáneamente sobre el orgullo de pertenecer a un oficio histórico y sobre el silenciamiento resignado frente a su precarización estructural.

La dinámica del precio del café en pergamino evidencia una desigualdad estructural persistente en la caficultura: aunque los pequeños y medianos productores constituimos la base productiva de la cadena y aportamos la mayoría del grano, capturamos solo una fracción mínima del valor final generado por la comercialización, la intermediación y la transformación. Esta distribución desigual nos sitúa en una posición de vulnerabilidad económica, especialmente en territorios como la vereda La Laguna y el corregimiento La Pedregosa, donde la agricultura familiar depende de ingresos estacionales y fluctuantes. La lógica extractiva del mercado que privilegia a intermediarios, exportadores y compradores contrasta con la precariedad de quienes asumen los riesgos climáticos, productivos y laborales sin poder incidir en el precio.

En este escenario, la comparación económica entre café y coca no es una simple elección, sino una respuesta pragmática a las condiciones concretas de supervivencia. Desde mi experiencia relatada, tanto en la finca familiar como en el trabajo con los beneficiarios del proyecto, he evidenciado que el cultivo de coca ofrece ingresos inmediatos y relativamente altos, mientras que el café, aun siendo lícito, demanda ciclos largos de producción, mano de obra intensiva y altos costos de insumos. Esta disparidad no es solo ilustrativa: explica la presión material que enfrentan muchas familias campesinas y demuestra cómo el mercado legal del café reproduce una paradoja social donde el cultivo ilícito se percibe como vía de estabilidad económica, mientras el cultivo legal opera bajo una lógica de desvalorización del trabajo caficultor.

Y, sin embargo, el problema no se reduce al precio. Los cultivos ilícitos traen consigo, además, la intensificación del conflicto armado, el reclutamiento forzado y voluntario de jóvenes y adolescentes, el control territorial por actores ilegales, la dependencia económica de estructuras criminales y múltiples formas de violencia que afectan directamente a toda la

comunidad incluidos los caficultores, y deterioran gravemente. Por lo tanto, sus condiciones de vida y sus posibilidades de acceder a una vida digna.

Frente a esta realidad, la propuesta de mejora de la producción y comercialización del café en La Pedregosa no surge como intervención exógena ni asistencial, sino como una forma de acción colectiva impulsada desde el interior de una organización religiosa local, la cual actúa como actor de la sociedad civil con legitimidad territorial. La iniciativa emerge de un diagnóstico comunitario compartido: el avance del monocultivo de coca y la presencia de grupos armados ilegales estaban debilitando la cultura agrícola tradicional, desincentivando la transmisión del conocimiento caficultor entre generaciones y produciendo un desplazamiento simbólico del café como eje identitario. De este modo, la organización no interpreta la crisis como un problema técnico de productividad, sino como una amenaza cultural y política sobre la continuidad del territorio campesino.

Por esta razón, el proyecto adquiere sentido como un acto de resistencia cultural y económica. La apuesta no se reduce a incrementar la eficiencia productiva, sino que busca reposicionar la caficultura familiar como alternativa legítima frente a la economía ilícita, articulando valores éticos, cohesión religiosa y solidaridad comunitaria. La amplia participación y la emergencia de un liderazgo local representado por mi padre, reconocido como figura religiosa dentro del corregimiento muestran que la movilización no depende de incentivos externos, sino de la capacidad de la comunidad para transformar su identidad cultural en fuerza organizativa. La rápida conformación de un subgrupo autónomo refuerza esta idea: cuando las comunidades logran convertir el sentido compartido del territorio en prácticas económicas concretas, generan respuestas capaces de confrontar condiciones estructurales adversas.

Desde esta perspectiva, la baja remuneración del café y la aparente mayor rentabilidad de la coca no son fenómenos aislados ni decisiones individuales “equivocadas”. Constituyen expresiones de una estructura que desvaloriza el trabajo campesino y desplaza la carga del riesgo hacia quienes producen. La experiencia de La Pedregosa evidencia que, incluso en contextos de vulnerabilidad y presión ilegal, la organización autónoma, la mejora colectiva de la calidad y la construcción de circuitos alternativos de comercialización funcionan como herramientas de disputa material y simbólica: permiten contrarrestar desigualdades

históricas, resguardar la cultura cafetera y garantizar la permanencia digna de las familias en el territorio.

Retos ambientales y sostenibilidad

En mi autorrelato, el cultivo de café revela una creciente vulnerabilidad ambiental y productiva. Como dice mi madre: “antes no se fumigaba... el abono era muy poquito... las tierras eran muy fértiles” (H. Pechene, entrevista, octubre). Ese testimonio permite inferir una transformación del ecosistema cafetero: la pérdida de fertilidad y diversidad, junto con la simplificación del cultivo, ha incrementado la dependencia de intervenciones químicas y el uso otros insumos, (menciono intervenciones químicas porque a mi mamá no lo nombra, pero el contexto de caficultura la mayoría insumos que usa control plagas y enfermedades se hace con químicos). En consecuencia, lo que antes se regulaba de forma natural, control biológico de plagas, mantenimiento de la materia orgánica y equilibrio del suelo ahora exige acciones repetidas de manejo externo, lo que a su vez profundiza la fragilidad ecológica y la exposición del productor a riesgos económicos y sanitarios.

Sumado a lo anterior, en mi experiencia relatada en la finca, la sustitución de semillas tradicionales evidencia cómo la caficultura se reorganiza en función de presiones productivas y fitosanitarias. Mi madre recuerda que “primero era el Caturra, el Arábigo” y que con el tiempo “hemos cambiado semillas: Café Castilla y Caturro por Cenicafé 1 y Cenicafé 0” (H. Pechené, octubre). Este tránsito no es ilustrativo: es un indicador del desplazamiento desde una caficultura heredada, hacia una caficultura tecnificada, donde la productividad y la resistencia a plagas se institucionalizan como criterios de selección. También se podría interpretar como un proceso de adaptación inducida, donde la innovación no solo modifica el cultivo, sino también los márgenes de decisión campesina.

El cambio de variedades no representa únicamente la introducción de una nueva planta, sino la reconfiguración integral del sistema productivo. A partir de esta sustitución, se transforman dinámicas que antes estaban estabilizadas: los calendarios de siembra, los ritmos de manejo y los requerimientos de insumos dejan de responder a ciclos tradicionales y pasan a depender de protocolos más estrictos. Las semillas híbridas imponen un régimen de trabajo distinto caracterizado por controles frecuentes, mayor uso de insumos y un seguimiento técnico

constante que redefine la relación cotidiana con el cultivo. En términos analíticos, esto marca el paso de un modelo agrícola tradicional hacia uno de gestión permanente o convencional, donde el productor debe mantenerse en vigilancia continua para sostener la productividad esperada.

Este proceso revela un punto clave: la modernización agraria no implica solo la sustitución material de la semilla, sino la sustitución simbólica y práctica de un sistema de manejo completo. Es decir, transforma las formas de habitar, percibir y leer la tierra. Lo que antes se guiaba por los ritmos del ecosistema y por saberes heredados, ahora queda mediado por manuales técnicos, recomendaciones externas y dependencias crecientes hacia insumos comerciales. Así, la modernización altera no solo las técnicas, sino también los vínculos culturales y afectivos con el territorio, para afirmarlo yo misma lo nombro en mi relato “consultamos técnicos de café”.

De la misma manera, en el marco de mi autorrelato, puede parecer que existe una tensión entre el énfasis que hago en las prácticas agroecológicas y la insistencia de mi mamá en mencionar prácticas convencionales. Sin embargo, al mirar más de cerca, esta diferencia no es una contradicción personal, sino un indicio de algo más profundo. Crecí valorando las prácticas de sostenibilidad porque fueron parte de mi formación (esto no lo menciono en mi relato, pero estudié en alrededor de 4 instituciones con eje ambiental), pero al escucharla a ella, noto que en la experiencia cotidiana de la finca son las prácticas convencionales las que quedan más visibles, más nombradas y, en muchos casos, más priorizadas. No porque ella desconozca los métodos ecológicos de hecho, fue ella quien me los enseñó, sino porque la lógica productiva dominante ha ido instalando la idea de que lo “técnico” y lo “moderno” garantizan mejores resultados y reducen riesgos.

Aun así, mi mamá introduce matices que permiten cuestionar esa aparente separación. Cuando dice: “hemos echado abono químico y también orgánico, y eso nos ha servido porque ha salido un buen café” (H. Pechene, entrevista, 2015), evidencia algo que también atraviesa mi propia experiencia: nuestra finca opera bajo una lógica de mezcla, de ensayo. No somos agroecológicos puros ni convencionales puros. Somos, más bien, una finca que ha ido combinando lo que llega desde afuera con lo que se conserva desde adentro.

Es aquí donde la noción de hibridación se vuelve clave para entender lo que sucede. La caficultura en mi experiencia no está dividida entre “tradición” y “modernización”, sino que se mueve en un punto intermedio, permeado por ambas. En nuestra finca siguen existiendo árboles de sombra, policultivos y abonos orgánicos, pero también hay semillas comerciales, uso selectivo de fertilizantes químicos y momentos en los que se reduce la sombra para “darle luz” a los cafetos. Estas decisiones no surgen de una elección totalmente libre, sino de presiones que llegan desde el mercado, de las plagas que no dan espera, del clima cada vez más inestable y, sobre todo, del mensaje reiterado de las instituciones de extensión rural que presentan la tecnificación como el camino correcto.

Retos de mercado y estrategias colectivas

Desde mi autorrelato, el mercado deja de ser un simple espacio de compraventa y se convierte en un escenario de tensiones donde se disputan autonomía, valor y formas de producir. Las decisiones de vender directamente, reducir el uso de agroquímicos o priorizar la calidad no responden solo a preferencias individuales; son respuestas a una estructura que desvaloriza el trabajo caficultor y genera dependencia técnica y comercial.

En la finca familiar, la organización interna se vuelve un mecanismo de resistencia. Los roles diferenciados -mi madre en la producción, mi hermano en el campo, mi padre en las herramientas y yo en la comercialización de café artesanal- permiten articular cultivo, postcosecha y venta sin intermediarios. Esta práctica no es únicamente productiva: es política y cultural, porque sostiene ingresos, preserva la memoria agrícola y defiende la autonomía frente al mercado convencional.

Por otro lado, mi experiencia en La Pedregosa amplía esta interpretación. Allí, la caficultura se usa como herramienta comunitaria en un contexto de violencia y economías ilegales. La estrategia no impone cambios técnicos; se basa en corresponsabilidad, bienes colectivos y acuerdos comerciales justos. Así, la mejora productiva se vincula con tejido social, confianza y saberes locales.

En conjunto, ambas experiencias muestran que las alternativas no emergen solo de soluciones externas, sino también de procesos colectivos que reconfiguran la relación entre productores,

territorio y mercado. La caficultura deja de ser solo cultivo: se convierte en un campo de acción donde se disputan dignidad, sostenibilidad y sentido comunitario...

En suma, la caficultura que emerge de mi autorrelato no es un escenario estático, sino un campo de tensiones donde se enfrentan la dependencia y la autonomía, la homogeneización y la diversidad, así como el mercado convencional y la economía comunitaria. En este contexto, los retos no se resuelven desde afuera ni mediante recetas especializadas; más bien, se transforman a través de procesos organizativos en los que las familias y sus redes reinterpretan el territorio y reconstruyen el sentido del cultivo.

No obstante, este proceso no puede entenderse como una transformación radical o totalmente alternativa. Por el contrario, se configura en medio de tensiones, ya que, como se evidenció en el primer núcleo, la caficultura también ha ido incorporando progresivamente elementos técnicos a lo largo de la cadena de valor del café. Esto muestra que las estrategias no implican una ruptura total con lo “convencional” o más bien lo técnico, sino más bien una reconfiguración donde coexisten adaptación y resistencia.

Por eso, desde la educación popular y mi propia experiencia como mujer campesina, afirmo que investigar la caficultura es, al mismo tiempo, aportar grano de arena a su transformación.

Fase III: Potenciación de la experiencia

En el apartado de potenciación, realizo una lectura reflexiva de mi autorrelato con el propósito de identificar posibilidades de fortalecimiento de las prácticas que he desarrollado en torno al cultivo tradicional del café. Para ello, retomo elementos de la propuesta de potenciación planteada por el Grupo de Investigación en Educación Popular de la Universidad del Valle, no con el fin de aplicarla de manera estricta, sino como un referente para interpretar mi experiencia. A manera de conclusión, analizo los aprendizajes, tensiones y posibilidades que emergen de mi trayectoria, proponiendo estrategias orientadas al fortalecimiento de la práctica caficultora y de los procesos comunitarios que la acompañan. Estas estrategias buscan contribuir a la mejora de las condiciones de vida de las comunidades con las que me he vinculado y acompañado a lo largo de mi recorrido como educadora popular.

¿Qué me dice la interpretación de la experiencia?

A partir de la interpretación de mi experiencia en el primer núcleo, puedo decir que la caficultura no es solo una actividad productiva, sino una forma de vida que involucra saberes, prácticas y relaciones con el territorio. En mi caso, esto se refleja en que el cultivo no se limita a sembrar y recolectar, sino que implica tomar decisiones atravesadas por lo aprendido en la familia y por las condiciones del entorno.

Asimismo, la caficultura se configura como un proceso de construcción cultural que se da en lo cotidiano. En la finca, actividades como la siembra, el cuidado del cultivo y la recolección no son solo tareas, sino formas de conocimiento que se han transmitido y transformado con el tiempo.

En este sentido, el cultivo de café se convierte en una práctica dinámica que, al relacionarse con otros contextos, instituciones y personas, adquiere nuevos significados. En mi experiencia, esto se hace evidente al interactuar con espacios como la universidad y las redes sociales, donde el café empieza a entenderse desde una mirada más técnica y productiva, sin dejar de lado su dimensión cultural, la cual sigue siendo central en todos los espacios de la caficultura.

Estas diferentes formas de entender el café generan tensiones, ya que surgen distintas significaciones según el contexto en el que se desarrolle la experiencia. Sin embargo, considero que estas tensiones no son negativas, sino que le dan más fuerza y profundidad al significado del café en mi proceso.

Por otra parte, puedo ver que cada espacio vivido se convierte en un proceso de aprendizaje, pero también en un lugar donde se confrontan distintas formas de entender la caficultura. Esto se evidencia en la tensión entre una caficultura más tradicional, basada en la experiencia y el conocimiento propio, y una caficultura convencional, que depende en mayor medida de insumos externos y orientaciones técnicas.

Sin embargo, estas tensiones también permiten valorar los saberes contruidos desde la experiencia. Estos saberes no son estáticos, sino que dialogan con lo que significa ser cafetero en distintos contextos. En la interpretación de mi experiencia, aunque hago énfasis en la

caficultura como origen de mis raíces y herencia, también reconozco que, a medida que crezco, cambian los significados y las formas de ver el café.

Además, comprendo que esta cultura tiene un origen familiar, especialmente en la relación con mi madre y mi entorno cercano, donde se han construido prácticas, valores y formas de entender el cultivo. Es allí donde estos saberes se transmiten, inicialmente como tradición, pero con el tiempo se transforman en cultura.

En conclusión, esta primera interpretación resalta la importancia de la familia como base de la caficultura, pero también deja ver que, en otros espacios como el segundo núcleo, surgen formas más críticas de comprenderla. Esto muestra que mi experiencia no es estática, sino que está en constante transformación.

Al igual que en el primer núcleo, en este segundo momento la interpretación de mi experiencia muestra que la caficultura está atravesada por un entramado complejo que la transversaliza y la vincula directamente con la configuración de la sociedad y con las formas en que se construye la identidad cultural campesina caficultora. En este sentido, la caficultura no aparece como una práctica aislada, sino como un espacio donde se articulan relaciones sociales, económicas, familiares y culturales.

Es precisamente por esto que mi experiencia me lleva a comprender que la caficultura no puede entenderse únicamente como una actividad productiva tradicional, sino como un campo de tensiones estructurales en el que se disputan la autonomía, la sostenibilidad y la dignidad campesina. A partir de mi autorrelato, identifico que decisiones que en la vida cotidiana parecen técnicas como el uso de agroquímicos, el cambio de semillas o la forma de comercializar el café están condicionadas por dinámicas más amplias, como el mercado global, el conflicto armado y los modelos de desarrollo rural. Estas dinámicas, a su vez, reconfiguran la cultura cafetera de manera progresiva.

Desde esta perspectiva, reconozco que la caficultura familiar está atravesada por una contradicción central: por un lado, continúa siendo un eje de identidad, de reproducción cultural y de cohesión comunitaria; pero, por otro, está siendo reconfigurada por lógicas externas que generan dependencia económica, técnica y simbólica. Esta tensión se expresa

tanto en la subordinación a los precios internacionales como en la adopción de modelos productivos que tienden a desplazar los saberes locales.

Sin embargo, la interpretación también me permite ver que mi familia es un ejemplo de cómo los caficultores no son actores pasivos frente a estas condiciones. Al contrario, ante las necesidades y en medio de las crisis, en nuestro hogar han emergido estrategias de resistencia para salir adelante, uniendo nuestros saberes tradicionales con prácticas técnicas. Aunque estas acciones no eliminan las tensiones, nos abren posibilidades reales para sostener la vida en el territorio. Un ejemplo de esto es nuestro emprendimiento de venta directa de café artesanal; un proyecto que, si bien nace de una necesidad económica, se ha fortalecido gracias a la interacción con otros espacios y conocimientos, especialmente a través de mi formación en la Universidad del Valle, la cual nos ha permitido darle un enfoque más integral y sostenible a nuestra tradición caficultora.

Finalmente, comprendo que la sostenibilidad en la caficultura, desde mi experiencia, no puede reducirse a lo ambiental o técnico, sino que constituye un proceso social, cultural y político. Ser caficultor hoy implica no solo producir café, sino también disputar el valor del trabajo, defender el territorio y reconstruir colectivamente formas más justas de habitar el campo con una identidad cultural más consciente. En el marco de mi relato, un ejemplo de esto es la implementación de prácticas sostenibles en nuestra finca, donde hemos integrado otros cultivos entre los cafetales y optado por una combinación de abonos orgánicos y químicos. Estas decisiones, más que simples técnicas, son nuestra forma de cuidar la tierra y asegurar la permanencia en nuestro territorio a pesar de las dificultades.

¿Qué puedo concluir de ella?

A partir de la interpretación de mi experiencia, concluyo que la caficultura no puede entenderse sólo como sustento económico de las comunidades rurales y caficultoras, sino como un campo complejo donde se articulan dimensiones educativas, sociales, económicas, culturales, ambientales y políticas. En mi caso, el cultivo del café emerge como una forma de vida que construye identidad desde mi infancia, pero que al mismo tiempo está atravesada por tensiones estructurales como el mercado global, el conflicto armado y los modelos de tecnificación.

Esta interpretación me permite comprender que la caficultura familiar se configura en medio de una contradicción constante: entre la autonomía y la dependencia, entre la tradición, innovación y la modernización, entre la sostenibilidad y las exigencias del mercado. Sin embargo, estas tensiones no anulan la capacidad de acción de las familias caficultoras; por el contrario, evidencian que, incluso en condiciones adversas, emergen estrategias de resistencia, adaptación y organización que permiten sostener la vida en el territorio y construir identidad cultural.

Asimismo, concluyo que la cultura caficultora no es fija ni pura, sino una construcción dinámica que se transforma en relación con el contexto. En este proceso, la identidad cafetera no se hereda de manera “pasiva”, sino que se reconstruye constantemente a partir de la experiencia, la reflexión y las decisiones que se toman en el día a día, dado que el cultivo de café depende de muchos factores naturales como de las decisiones de los caficultores.

Finalmente, entiendo que investigar mi propia experiencia no solo me permite comprender la caficultura, sino también posicionarme frente a ella. Es decir, me permite reconocer que ser caficultor hoy implica no solo producir café, sino también cuestionar las condiciones en las que se produce, defender el territorio y aportar a la construcción de formas más justas, sostenibles y conscientes de habitar la caficultura.

De la misma forma, mi experiencia me permite visibilizar que la cultura caficultora está atravesada por múltiples tensiones y no puede reducirse a la imagen homogénea que suele construirse desde el marketing. La representación del café como símbolo cultural nacional tiende a simplificar y romantizar la realidad, ocultando las desigualdades, las dificultades productivas y las transformaciones que viven las familias caficultoras en su cotidianidad.

En contraste con esta narrativa, mi experiencia muestra que la caficultura es un espacio donde se entretajan diversas dinámicas sociales, económicas y culturales que no siempre son visibles. Aunque el café es un elemento común, su significado y sus prácticas varían según el territorio, las condiciones históricas y las raíces de cada caficultor. De este modo, la cultura cafetera no es única ni uniforme, sino diversa, situada y atravesada por procesos de adaptación, resistencia y cambio.

¿Cómo puedo potenciar mi experiencia?

Considero que mi experiencia se podría potenciar a través de la creación de espacios que permitan reconocer la caficultura como una realidad que emerge desde múltiples aristas y no como algo homogéneo. No se trata únicamente de crecer entre cultivos, sino de habitar el café como identidad, sustento económico y como un campo atravesado por tensiones sociales, económicas y culturales. En este sentido, implica no solo visibilizar sus aspectos valorados, sino también analizar críticamente dichas tensiones, indagando por las dinámicas que se configuran alrededor del cultivo y por las transformaciones que ocurren en la cadena de valor una vez el café sale de las manos de quienes lo producen.

Bajo esta perspectiva, propongo tres estrategias concretas que buscan potenciar mi experiencia y que considero que se deben desarrollar de forma articulada:

Estrategia A: Espacios de interacción y diálogo

Esta estrategia busca beber de otras experiencias para comprender que la caficultura no es un saber aislado, sino un resultado de encuentros entre cafeteros y caficultores.

En primer lugar, se puede realizar un mapeo de redes con el propósito de identificar actores clave, como caficultores de diferentes edades, baristas, catadores y comercializadores. Esto considero que permitirá reconocer que la caficultura no surgió de forma aislada, sino que se ha construido a partir del intercambio de saberes y experiencias.

En segundo lugar, se podrían realizar encuentros de diálogo, organizando espacios donde se discuta cómo se ha ido construyendo nuestra identidad en relación con el café y bajo qué marcos. El fin es comprender cómo el contacto con otros territorios influye en nuestra forma de habitar el contexto cafetero.

En tercer lugar, se desarrollaría un análisis de la interacción a partir del modelo de la cadena de valor: la idea sería realizar ejercicios de seguimiento para comprender qué ocurre con el café en su tránsito hacia quienes lo transforman y lo consumen. Esto con el fin de generar conciencia sobre las tensiones entre nuestro saber local y la mirada externa.

Por último, se realizaría la co-construcción de saberes, es decir, sistematizar estos encuentros para ampliar la comprensión de la caficultura como un campo complejo, construido desde múltiples miradas y relaciones.

Estrategia B: Construir espacios de memoria consciente

Esta estrategia no es una lista de tareas fijas, sino una invitación a usar la historia y las vivencias de nuestras interacciones para comprender ese tejido de aciertos y desaciertos que nos dan solidez. El propósito es que este ejercicio de memoria se adapte a las necesidades del momento, permitiendo reconocer patrones positivos y negativos en cualquier contexto.

Para ello propongo algunos puntos que se podría realizar para construir estos espacios.

- Reconstrucción del tejido de contactos: más que fijar fechas exactas, se busca generar dinámicas (conversaciones, mapas, relatos) que nos permitan recordar los hitos de interacción. Se trata de identificar esos momentos clave donde llegaron nuevas ideas, cambios en la sociedad o influencias de otros actores que marcaron un antes y un después en nuestra forma de vivir el café.

- Identificación de tensiones en el tiempo: este es un ejercicio sobre los cambios que hemos vivido. La intención es crear un espacio honesto para hablar no solo de "lo lindo", sino de los conflictos y los que surgieron cuando nuestra cultura entró en relación con diversas estructuras sociales. Es un proceso para reconocer de qué manera estas dinámicas nos han influenciado y qué aprendizajes podemos sacar de ello.

- Una vez desarrollados los pasos anteriores, se propondría realizar una evaluación multidimensional. En esta etapa, el proceso se abre a conectar la trayectoria construida con las dimensiones que nos rodean: lo cultural, lo social, lo ambiental y lo técnico. Se trata de comprender que nuestra realidad no es aislada, sino que se configura en un intercambio constante, donde el mundo exterior y nosotros nos influimos mutuamente.

- Finalmente, se realizaría un análisis reflexivo. El objetivo es que todo este proceso sirva como base para decidir cómo queremos relacionarnos hoy. No se trata de un paso cerrado, sino de la apertura a construir alternativas propias y formas de acción que fortalezcan nuestra identidad, asegurando que nuestra cultura siga viva y con voz propia.

Estrategia C: Espacios de Gestión Colectiva

El propósito de esta estrategia es transformar los espacios de encuentro en lugares de decisión conjunta para enfrentar la volatilidad de precios y entender el café como nuestra forma de vivir, y no solo como un producto que se vende.

Para ello, considero que se podrían organizar algunos momentos que permitan articular acciones orientadas a romper los modelos de mercado tradicionales. Por ejemplo.

- Laboratorios de diálogo y creación: como espacios para entender cómo funciona el mercado y cómo nos afecta la volatilidad de precios. El objetivo no es solo hablar, sino diseñar alternativas creativas y soluciones propias para enfrentar esa inestabilidad sin depender solo de lo que nos ofrecen el mercado tradicional o los intermediarios.
- Por otra parte, se crearía la posibilidad de asumir la realidad como un recurso de negociación. En este sentido, nuestra forma de vivir se convierte en nuestro principal valor. El hilo conductor es poner la cultura y el cuidado de la tierra en el centro de la negociación. No negociamos solo un grano de café, sino la solidez de un proceso colectivo, buscando acuerdos donde el valor se base en nuestra identidad y no únicamente en la bolsa de valores.
- En tercer lugar, propongo tomar las herramientas que emergen de estos procesos y utilizarlas a través de la negociación de saberes para crear soluciones propias, tanto técnicas como sociales, el cual permitan reducir la dependencia externa. Buscando que el conocimiento y los beneficios se queden en el territorio, validando estas herramientas en el mercado para fortalecer nuestra independencia y darle fuerza y valor a cultura caficultora.
- Finalmente, sugiero que cada espacio de intercambio funcione como un puente para visibilizar los conflictos reales de la caficultura rural, rompiendo con la imagen romántica que ignora las dificultades del caficultor. El sentido de esto es que los aliados compradores, técnicos e instituciones comprendan nuestra realidad y se involucren de manera activa, evitando que el valor de la cultura cafetera sea visto solo como un eslabón más en la cadena de producción. El propósito es que, a través de

comprender la realidad, se creen redes de corresponsabilidad donde todos los actores asuman compromisos frente a las tensiones del sistema, protegiendo así nuestra forma de vida.

Carpeta de anexos

https://drive.google.com/drive/folders/1yZQ-CgVqTyTJOyMBj_K55QIXWiB-JmbE?usp=drive_link

Referencias bibliográficas

Agencia Nacional de Tierras. (2025). *Documento técnico de soporte: Municipio de Cajibío, Cauca (AF-DTS-CAJIBÍO-V4)*. Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. http://geoportal.ant.gov.co/Planes-UAF/19130_CAJIBIO_PUBLICACION/19130_Cajibio_Cauca/AF-DTS-CAJIBI%CC%81O-V4.pdf

Alcaldía Municipal de Cajibío. (2020). *Plan de Desarrollo Territorial Cajibío 2020–2023: El futuro es el campo*. <https://www.cajibio-cauca.gov.co/Planes/Plan-De-Desarrollo-Territorial-Cajibio-20202023>

Acevedo, M. A., Gómez, R. Z., y Zúñiga, M. E. (2016). *La sistematización de experiencias de educación popular en la Universidad del Valle de Colombia*. Universidad del Valle.

Blasco, J., y Pérez, J. (2007). *Metodología de investigación en las ciencias de la actividad física y el deporte: Ampliando horizontes*. Editorial Club Universitario.

Borrero, J., Acevedo Aguirre, M., Bermúdez Peña, C., Arango Calad, C., Campo Sarria, D., Gómez Zúñiga, R., Zúñiga Escobar, M., Ruiz Echeverry, M., Ospina Manzano, M., y Huertas Muñoz, T. (2018). *El conocimiento social en convivencia desde los escenarios de la educación popular*. Programa Editorial Universidad del Valle.

Castiblanco, F., y González Rodríguez, M. (2021). Redes de maestras y sabedores: Diálogos ambientales de frontera, en la relación ciudad-región, y sus prácticas culturales-comunicativas. *Revista XYZ*, 40, 179-198.

Comité de Cafeteros del Cauca. (s. f.). *Café de Cauca*. Federación Nacional de Cafeteros. <https://cauca.federaciondecafeteros.org/cafe-de-cauca/>

Cendales González, L., & Torres Carrillo, A. (2006). *La sistematización como experiencia investigativa y formativa*. *La Piragua*, (23), 29–38.

Cruz Rodríguez, E. (2017). La rebelión de las ruanas: El paro nacional agrario en Colombia. *Análisis*, 49(90), 83–109. <https://doi.org/10.15332/s0120-8454.2016.0090.04>

El Liberal. (s. f.). *Cajibío, rincón musical de Colombia*. <https://elliberalpopayan.com/mi-region/cajibio-rincon-musical-de-colombia/>

Fals Borda, O. (1981). *Investigación participativa y praxis rural: Nuevos conceptos en educación y desarrollo comunal*. Mosca Azul.

Federación Nacional de Cafeteros de Colombia. (2024). *Información sobre el cultivo de café en Colombia y el departamento del Cauca*. <https://federaciondecafeteros.org>

Freire, P. (1987). *Pedagogía del oprimido* (36.ª ed.). Siglo XXI.

Freire, P. (1996). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.

Ghiso, A. (2016). Del diálogo de saberes a la negociación cultural: Recuperar, deconstruir, resignificar y recrear saberes. *Revista REDpensar*, 1(10).

González, V. G. (2021). Universidad y territorios: La diplomatura en agricultura familiar y transformaciones territoriales como espacio de construcción colectiva de saberes para la acción. *Trabajo y Sociedad*, 22(37), 31-48.

Harris, M. (1996). *El desarrollo de la teoría antropológica: Historia de las teorías de la cultura* (12.ª ed.). Siglo XXI Editores.

Mavisoy, W. (2021). Biologargogía del café: conversación entre sujetos de la naturaleza educativa en el Cauca. *Jangwa Pana*, 20(3), 502–523. <https://doi.org/10.21676/16574923.4430>

Torres Carrillo, A. (2013). *La acción colectiva en América Latina: Organizaciones comunitarias y movimientos sociales*. Universidad Nacional de Colombia.

Uribe Buelvas, I. L., Hazen Pulido, E., y Sánchez Gómez, C. (s. f.). *Prácticas pedagógicas de la educación popular: Una mirada desde la sistematización de experiencias* [Tesis de pregrado, Universidad Pedagógica Nacional]. Repositorio Institucional UPN.

Vasilachis de Gialdino, I. (Coord.). (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Editorial Gedisa.

Yohn, W., Campo, F., alcalde, D., Municipio, D., y Cajibo. (s. f.). *Municipio de Cajibío, Cauca*. Alcaldía Municipal. <https://alcaldiacajibio-cauca.micolombiadigital.gov.co/sites/alcaldiacajibiocauca/content/files/000392/19568/documento-final-pdt-cajibio-2020-2023-portada-1compresse>